

F-8-9-7



CARACTERES FÍSICOS

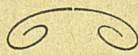
DE LOS

PERSONAJES DEL QUIJOTE

POR EL CATEDRÁTICO DE ANATOMÍA

D. Federico Olóriz Aguilera,

Estudio leído el día 9 de Mayo de 1905,
en el Anfiteatro del Colegio de San Carlos,
con motivo de la fiesta celebrada por el Colegio de Médicos
de Madrid, para conmemorar el tercer centenario
de la publicación del Quijote.



MADRID

Imprenta Hijos de J. A. Garcia,
Cámpomanes, núm. 6.

1905

F 1-9-9
8
9-7

7276

CARACTERES FÍSICOS

DE LOS

PERSONAJES DEL QUIJOTE

Por el CATEDRÁTICO DE ANATOMÍA

D. Federico Olóriz Aguilera,

leído el día 9 de Mayo de 1903,
en el Anfiteatro del Colegio de San Carlos,
con motivo de la fiesta celebrada por el Colegio de Médicos
de Madrid, para conmemorar el tercer centenario
de la publicación del Quijote.



BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
GRANADA
Nº Documento 618963729
Nº Copia 620754760

MADRID
Imprenta Hijos de J. A. Garcia,
Campomanes, núm. 6.
4905

0
1
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19

7276

CARACTERES FÍSICOS

DE LOS

PERSONAJES DEL QUIJOTE

POR EL CATEDRÁTICO DE ANATOMÍA

D. Federico Olóriz Aguilera,

Estudio leído el día 9 de Mayo de 1903,
en el Anfiteatro del Colegio de San Carlos,
con motivo de la fiesta celebrada por el Colegio de Médicos
de Madrid, para conmemorar el tercer centenario
de la publicación del Quijote.



BIBLIOTECA UNIVERSITARIA	
GRANADA	
Nº Documento	618963729
Nº Copia	620754760

MADRID
Imprenta Hijos de J. A. Garcia,
Campomanes, núm. 6.
1905

F 11-9-9
8
9-7

CARACTERES FÍSICOS

DE LOS

PERSONAJES DEL « QUIJOTE »

Es el libro inmortal cuyo tercer Centenario congrega á las clases m3dicas piedra preciosa de tan exquisita labra que a3un no han logrado los cr3ticos y comentaristas descubrir todas sus facetas, ni abrir los ojos del vulgo á todos sus destellos, y es su primera materia de tan admirable condici3n que, aun triturada por el an3lisis, conserva en todas sus part3culas la virtud de r3crear el 3nimo y la propiedad de prestarse á la confecci3n de nuevas joyas literarias, si h3biles manos las escogen, arreglan y trabajan.

No una joya, que á tanto no puede llegar mi presunci3n de art3fice en literatura, ni aun operando con material tan excelente, sino un modesto juguete de circunstancias es el que me propongo hacer con las part3culas anatómicas, ó sean los rasgos y caracteres corporales de los personajes del *Quijote*, esparcidos por los cap3tulos ó escondidos en los pasajes de la maravillosa fábula; y cuento con que si el juguete

habrá de ser por fuerza tosco y sin gracia, como de hechura mía, tendrá por lo menos oportunidad, por ser á Médicos á quien se dirige, por ser anatómico profesional el que lo ofrece y por la buena intención que á unos y á otro guía de concurrir también desde nuestro campo técnico al concierto universal de admiración y aplausos que hoy rinde la humanidad á uno de sus miembros más preclaros.

Aun prescindiendo de irracionales tan famosos como Rocín y Rocinante, y de los grupos y muchedumbres racionales que pueblan las páginas del *Quijote*, tales como los de cabreros y yangüeses; pastores y pastoras enlutados y sin luto, reales y fingidos; labradores, labradoras y ganaderos; arrieros y mercaderes; mozos de á pie y de á caballo; pescadores y molineros del Ebro; perales de Segovia, agujeros del Potro de Córdoba y vecinos de la hería de Sevilla, que mantearon á Sancho; frailes benitos, encamisados, disciplinantes y peregrinos; galeotes y bandoleros; criados de todas condiciones; dueñas, doncellas, pajes y cazadores de los Duques; cuadrilleros de infantería y de caballería; soldados y marinos en Barcelona; comediantes de Angulo el Malo; comparsas en las bodas de Camacho; mascarada de Merlín para el desencanto de Dulcinea; escuadrón armado del pueblo de los rebuznadores y súbditos de la ínsula gobernada por Sancho, aún quedan más de cien personajes lo bastante indivi-

dualizados para que debieran ser objeto de este estudio.

Preciso es, sin embargo, renunciar al examen anatómico del mayor número de tales personajes, por constar de ellos solamente el nombre ó el calificativo que expresa su clase, condición ó particularidad más distintiva, ó porque la descripción que de algunos se hace es de orden moral ó es relativa á los vestidos, armas y apostura. Sólo de unos veinticinco da Cervantes algún dato pertinente á nuestro objeto.

Casi todas las mujeres de que habla son hermosas; pero el autor se limita las más veces á encarecer su hermosura en absoluto, ó comparando la de unas con la de otras ya calificadas, como hace con Zoraida y con D.^a Clara de Viedma respecto de Dorotea y de Lusinda, ó bien á enaltecerla con alguna imagen poética y alambicada cual la de «hermosa como mil perlas» (1), referente á la hija de D. Diego de la Llana, ó la de «aquella cara que del un cabo tenía el sol y del otro la luna», con que se recuerda la de la madre de Marcela, y que se aplica también á «las mejillas de leche y de carmín» de la Duquesa, mantenidas en su tersura por las dos fuentes de las piernas, cuyo descubrimiento costó á D.^a Rodríguez tan cruel azotaina (2).

Es frecuente que Cervantes pinte á sus personajes con una sola pincelada, como al decir de Grisóstomo que tenía «una cara como una bendición» (3); al

comparar el paje-correo de la Duquesa con «un pino de oro» (4); al afirmar del ventero andaluz «que por ser muy gordo era muy pacífico» (5); de su hija que «era doncella, muchacha y de muy buen parecer» (6), y al citar las blancas barbas y el rostro venerable del alcahuete condenado á galeras (7).

En otros casos alude el autor solamente al sistema piloso de sus personajes, según ocurre con las barbas y el bigote del cura (8), con «la barba negra y espesa, y los cabellos muchos y revueltos», de Cardenio cuando vagaba loco por Sierra Morena (9), y con los cabellos del mancebito hallado por Sancho al rondar en su ínsula, que parecían «sortijas de oro, según eran rubios y enrizados» (10).

Traza bocetos, ya pintorescos como el que Sancho hace de su hija diciendo: cuenta «quince años, dos más ó menos; pero es tan grande como una lanza, y tan fresca como una mañana de Abril, y tiene una fuerza de un ganapán» (11); ya vigorosos y concisos como el de Teresa Panza, que «no era muy vieja, aunque mostraba pasar de los cuarenta; pero fuerte, tiesa, nervuda y avellanada» (12), y el del caballero del Verde Gabán, en el que «la edad mostraba ser de cincuenta años, las canas pocas, y el rostro aguileño, la vista entre alegre y grave» (13).

Pinta retratos, ora grotescos cual el de Belerma, vista en sueños por Don Quijote en la cueva de Montesinos, y descrita así: «era cejijunta, la nariz algo

chata, la boca grande, pero colorados los labios: los dientes, que tal vez los descubría, mostraban ser ralos y no bien puestos, aunque eran blancos como unas peladas almendras» (14); ora serios como el del capitán cautivo, que «era hombre de robusto y agraciado talle, de edad de poco más de cuarenta años, algo moreno de rostro, largo de bigotes y con la barba muy bien puesta» (15); ora también poéticos como el de Dorotea vestida de mancebo, cuyos pies parecían «pedazos de blanco cristal dentro del agua; las piernas, desnudas, de alabastro; las manos, trozos de apretada nieve; los cabellos, rubios, que pudieran los del sol tenerlos envidia, tan luengos, que esparcidos le cubrieron las espaldas, y aun en torno la escondieron toda; y el rostro, de hermosura incomparable, que pareció divino á los que, ocultos, contemplaban á la entonces desdeñada labradora» (16).

Pero donde el arte descriptivo de Cervantes raya más alto es al modelar las figuras de Carrasco y de Maritornes. Del primero dice: «Era el bachiller, aunque llamado Sansón, no muy grande de cuerpo, aunque muy gran socarrón, de color macilenta, pero de muy buen entendimiento: tendría hasta veinticuatro años, carirredondo, de nariz chata y de boca grande, señales todas de ser de condición maliciosa y amigo de donaires y de burlas.....» (17); y á Maritornes la describe así: «Servía en la venta asimismo una moza asturiana, ancha de cara, llana de cogote, de nariz roma,

del uno ojo tuerto, y del otro no muy sano: verdad es que la gallardía del cuerpo suplía las demás faltas: no tenía siete palmos de los pies á la cabeza, y las espaldas, que algún tanto le cargaban, la hacían mirar al suelo más de lo que ella quisiera» (6); retrato que más adelante se completa con algunos rasgos morales, y con los físicos de que «sus cabellos tiraban á crines» y de que le olía el aliento «á ensalada fiambre y trásnochada» (18). Aparte de la plasticidad que tiene este retrato, demuestra en su autor un espíritu de observación nada vulgar, pues lo de atribuir á Maritornes anchura de cara y aplastamiento de occipucio, es señalar los dos caracteres cefálicos más importantes de los asturianos occidentales y de los lucenses.

Dos retratos hay de Dulcinea: uno idealista, pintado con metáforas por el rendido caballero, que de su fantástica señora dice así: «su hermosura es sobrehumana, pues en ella se vienen á hacer verdaderos todos los imposibles y quiméricos atributos de belleza que los poetas dan á sus damas; que sus cabellos son de oro, su frente campos elíseos, sus cejas arcos del cielo, sus ojos soles, sus mejillas rosas, sus labios corales, perlas sus dientes, alabastro su cuello, mármol su pecho, marfil sus manos, su blancura nieve y las partes que á la vista humana encubrió la honestidad son tales, según yo pienso y entiendo, que sólo la discreta consideración puede encarecerlas y no com-

pararlas» (19). El otro retrato, realista y prosáico, es el construido con los pasajes referentes á Aldonza Lorenzo y completado con las noticias inventadas por la bellaquería de Sancho. Esta Dulcinea burlesca es «la rolliza de carnes (20), alta de pechos, rostró amonedgado (21) y olorcillo hombruno» (22), la de voz tan fuerte que desde el campanario de su aldea se dejaba oír á media legua de distancia, la de brazo tan forzudo que competía con el más forzudo zagal en tirar la barra, (23) la aechadora de trigo y cargadora de costales (22), la reputada como de mejor mano para salar puercos (24), y la que en ocasión única y solemne apareció ante los turbados ojos de Don Quijote en forma de arisca aldeana, carirredonda y chata, á quien vió montar en su jumento de un salto y á horcajadas como si fuera hombre (25).

¡Admirable contraste con que el grande artista muestra, en el orden físico, la contradicción entre lo imaginado y lo efectivo!

No hay en toda la novela cervantina más que una descripción de Sancho Panza, y bien concisa por cierto, pues se reduce al *réfuto* puesto en la estampa que encabeza el supuesto cartapacio arábigo de Cide Hamete-Benengeli, del cual *réfuto* y de algún que otro pasaje, se deduce que Sancho Zancas ó Panza, que con estos dos sobrenombres fué llamado, tenía «chico el cuerpo (26), la barriga grande, el talle corto y las zancas largas (24), color moreno (27), con las

barbas espesas, aborascadas y mal puestas», y tan lozanas que hubieran requerido ser rapadas «á navaja cada dos días por lo menos», para que no se descubriera por ellas á tiro de escopeta la condición del dueño (28); barbas no muy pulcras, pero no tan sucias que pudiera sacarse de ellas con peine ó almohaza cosa que ofender pudiese á la limpieza (29).

Es notable el hecho de que, siendo tan incompleta la descripción de Sancho, haya, sin embargo, bastante acuerdo entre los artistas que han trazado su figura y se halle ésta más claramente representada en la fantasía popular que la del mismo Don Quijote. Se explica el hecho por la concordancia que existe entre el retrato moral y el físico del famoso escudero, y que falta entre los correspondientes de su amo, según vamos á exponer.

Frisaba la edad de Don Quijote en los cincuenta años (30). Era de alta estatura (31, 45 y 50), para lo que en nuestro país basta con que su talla pasara de 170 centímetros; mas no era de proporcionada corpulencia, pues «la grandeza de cuerpo» que con otros rasgos admiró al Caballero del Verde Gabán (32), se refería sin duda á lo largo y no á lo ancho, ya que «lo estirado y avellanado de miembros» que dijo Sansón Carrasco (31), implican la prolongación y estrechez de la figura, adecuada al nombre de Triste con que le calificó el observador y atinado Sancho Panza (58).

El cuello de «media vara» (33), y las piernas «muy

largas y flacas» que el alucinado caballero exhibió al desnudo en su batalla con los cueros de vino (34), no se contradice con la complexión recia que Cervantes le atribuye (30), pues tales caracteres caben en el supuesto de que un esqueleto fuerte y bien constituido, pero mal velado por carnes secas (30), escasas y «amojadas», tales como las que al volver á su aldea, después de la segunda salida, daban al pobre loco apariencia de estar «hecho de carne momia» (35).

La flaqueza, no sólo del rostro sino del cuerpo entero, fué rasgo permanente y particular del héroe manchego, declarado en diversos pasajes de su historia (31, 32, 35, 36 y 38), y claro es que las nudosidades de un esqueleto recio y los relieves de unos músculos enjutos, dibujándose bajo una piel seca y sin grasa, darían al conjunto de nuestro personaje formas angulosas, duras, y más para ser admiradas por lo raras que por lo bellas.

Faltan noticias sobre la conformación craneal de Don Quijote, mas hay vehemente indicio de que fué la de un óvalo bastante prolongado, tal como la que los técnicos llaman hoy dolicocefalia. El indicio se halla en el relato que sigue á la aventura terrorífico-cómica de los batanes, cuando amo y criado toparon con el barbero que llevaba su bacía puesta sobre la cabeza para resguardársela de la lluvia. La turbada imaginación del caballero tomó la bacía de azófar como yelmo de oro de Mambrino, despojó de ella á

su dueño y «se la puso luego en la cabeza, rodeándola á una parte y otra, buscándole el encaje» sin hallarlo (37). Verdad es que al fin se encasquetó la bacía, y aún la llevaba puesta cuando cayó, poco después, vencido por la pedrea de los galeotes libertados; pero, aunque no se exprese, por necesidad hubo de valerse Don Quijote de algún medio de sujeción para traer «como pudiere» tan maravillosa defensa, en tanto que lograba aderezarla en el primer lugar donde encontrase herrero (37).

Resulta de este pasaje, que la bacía, redonda como todas, y que siempre se adaptaría con dificultad á cualquier cráneo oval, no se pudo encajar de modo alguno en el de Don Quijote, que casi renunció á usarla después de su primera tentativa, de lo que puede inferirse que el óvalo craneal de nuestro héroe debió de ser algo más prolongado que de ordinario, ó, por lo menos, no tan corto y ancho como en los braquicéfalos.

Comprendo que peca de sutil esta inducción, pero no son más sólidas las que en comentarios como el precedente están en uso, y, además, la mía se fortalece recordando que dolicocefala es la mayoría de la población española, que no abundan las cabezas redondas en la Mancha y que las tallas altas y las formas generales largas y estrechas, corresponden, por lo común, entre nosotros, á formas craneales también de mucha longitud en relación á la anchura.

En cuanto al rostro, no hay miedo de perderse en conjeturas; se sabe con certeza que era largo, muy largo, «de media legua de andadura», como Cervantes dice con donosa y extrema exageración (38); era seco y enjuto, según declara repetidas veces el creador de tan famoso personaje (30, 31, 32, 36, 38, 39, 40 y 50), y era, en fin, amarillo, sin dejar de ser moreno, pues así consta en diversos pasajes del gran libro (32, 33, 36, 38, 39 y 40).

La excesiva largura de la cara implica su estrechez, y como, por una parte, la ilustración y buen talento de que tan repetidas pruebas dió el discreto loco hasta en sus desvaríos, autorizan á suponerle un cerebro bien desarrollado, y, por lo tanto, una frente espaciosa, mientras que, por otra parte, el mentón debió de ser agudo, según la conformación de las quijadas, que comentaré en seguida, es razonable concluir que el rostro del buen Quijano tuvo por contorno el de un óvalo prolongado, ancho en la frente, escurrido hacia las mejillas y con lo más estrecho hacia la barba.

La sequedad de las facciones y la demacración del rostro se acompañan casi forzosamente de arrugas, bien marcadas en el adulto, y no es aventurado presumir que Don Quijote las tendría transversales en la frente, como huella de las frecuentes abstracciones que precedieron á sus delirios y de la atención profunda y sostenida con que se entregó día y noche á la

lectura, y que tendría también arrugas longitudinales á los lados de la nariz y de la boca, como expresión permanente del carácter retraído y melancólico que parece haber sido el dominante en el hidalgo, cuando se elaboraba en él la enfermedad que le impulsó á lanzarse en busca de aventuras.

Pudiera estimarse la amarillez del rostro como rasgo accidental y morboso, consecutivo á las penalidades y quebrantos padecidos por el desfacedor de agravios en sus dos primeras salidas, si tal amarillez nos fuera conocida solamente por la noticia que al volver de la segunda, dentro de una jaula, dió un muchacho á la sobrina y al ama, diciéndoles que «su tío y señor venía flaco y amarillo, tendido sobre un montón de heno» (39), ó por las lamentaciones del ama misma, cuando al recordar la llegada del enjaulado afirmaba: «venía tal el triste que no le conociera la madre que le parió, flaco, amarillo y con los ojos hundidos en los últimos camaranchones del celebro» (36). Pero es el caso que el excelente cuido prestado cariñosamente á Don Quijote por las hembras de su casa y los seiscientos huevos que gastó el ama en alimentarlo (36), bastaron á restaurar en poco tiempo las decaídas fuerzas del desventurado aventurero, mas no consiguieron borrar la amarillez de su rostro; la cual persistía muchos meses después, cuando el encuentro con D. Diego de Miranda (32), y esto induce á pensar si sería el amarillo el color permanente

de la cara en Don Quijote, con las demás consecuencias sintomáticas y patogénicas que los médicos cervantófilos quisieren deducir para honesto esparcimiento de cuantos nos recreamos en estas inocentes fruslerías.

Pocos datos tenemos acerca de rasgos fisionómicos. No es de extrañar que olvidara Cervantes las orejas de su héroe, pues tal apéndice facial suele pasar inadvertido en los retratos literarios, y sólo el mencionarlo apunta hacia la caricatura. Pero esto precisamente aviva mi curiosidad por averiguar el documento en que un distinguido escritor científico contemporáneo haya encontrado la noticia de que las orejas de Don Quijote eran «grandes, de implantación algo baja y bastante separadas de las mastoides» (41).

Y lo mismo digo de los ojos, que el autor aludido califica de «pardo oscuros, grandes y algo oblicuos» (41); pues si lo de pardos es admisible por armonizar con el color de la piel y por corresponder al tipo más común en nuestro pueblo, y lo de grandes no repugna al concepto de idealista y soñador que tenemos del que inventó una Dulcinea para adorarla, en verdad que no atino con el fundamento de la oblicuidad, por ligera que fuese, pues ni siquiera el autor del soneto dedicado por el Caballero del Febo á Don Quijote llamó á éste tártaro ó mogol, de lo que pudiera colegirse la oblicuidad ocular hereditaria,

sino godo, quizás sin otro motivo que cuadrar así mejor á la medición del verso (42).

«La nariz aguileña y algo córva» (31) del amparador de doncellas está bien definida y no necesita comentarios, como no sea el de recordar que ese tipo nasal es el característico de nuestros antiguos nobles castellanos; pero, en cambio, el sistema piloso y las quijadas merecen que nos detengamos un momento.

Y no es que trate de contar los pelos á Don Quijote, como lo intentaría ciertamente cualquier cervantómano si tuviera á su alcance en carne y hueso el imaginario hidalgo de la Mancha, pues trato sólo de poner en claro lo que acerca de sus pelos dejó escrito Cide Hamete-Benengeli, ya que los comentaristas é intérpretes de la figura material de Don Quijote han enturbiado con sus plumas y buriles tan peliagudo asunto.

Que el caballero no tenía despoblada la cabeza es evidente, pues el bachiller Sansón Carrasco, al describirlo, cuando aseguraba haberlo vencido, dijo de él que era entrecano (31); pero respecto de la abundancia, largura y primitivo color de los cabellos, nada cierto sabemos. Natural es pensar que con el descuido y falta de acomodo, propios de la vida aventurera, llevara nuestro hidalgo un tanto crecido y acaso un mucho enmarañado el pelo en la cabeza; pero el pintarlo con guedejas ó con rizos, como en

algunos grabados aparece, es notoria licencia artística, sin pasaje ninguno que la abone.

Obligados á suponer un color en los cabellos, aún no blanqueados por los años, ya que en ninguna parte se consigna cuál fuere tal color, lógico es pensar que debió de ser castaño oscuro, no sólo porque así es lo más frecuente en nuestro país, sino porque los cabellos oscuros y aun negros son los que mejor armonizan con lo moreno de la piel y lo negro de los bigotes.

Respecto de éstos no cabe la menor duda: el mismo Sansón Carrasco los describe con toda precisión, diciendo que eran «grandes, negros y caídos» (31); y en verdad que no me explico cómo, sin desprecio evidente de los textos, han podido algunos artistas, sobre todo extranjeros, pintar al enamorado manchego sin bigotes, ó dibujárselos con las guías levantadas á la borgoñona, según aparece en multitud de estampas. Y cuéntese que si algo pudo poner la imaginación en este caso, más debió inducir á los pintores á suponer caídos los bigotes del aventurero, que no levantados, y menos aún retorcidos, pues todo esto requiere artificio de peluquería, que seguramente no pudo emplear Don Quijote en sus campañas, é implica cierto interés presuntuoso de parecer bien por la figura, de que jamás dió muestras el hidalgo en sus palabras ni en sus actos.

Que el adorador de Dulcinea tenía barbas en el

tiempo de sus aventuras, es indudable, aunque algún escritor las haya negado, y muchos dibujantes, así como también un notable escultor de nuestros días, las hayan omitido en sus retratos; pues aparte de algunas frases que pudieran pasar por figuradas ó por refranes, hay cinco pasajes de la inmortal novela con valor probatorio tan completo, que excusan toda nueva información sobre el asunto (43). Lea quien lo dude la aventura de los leones, en que, apurado Sancho para ocultar los requesones que acababa de comprar cuando lo llamó su amo con urgencia, los echó en la celada, que el esforzado caballero se encajó sin advertirlo, quedando el rostro y barbas bañados con el suero, de que llevó no poco susto creyendo que se le derretían los sesos (44). Y si se quiere confirmación aún más explícita de las tales barbas, recuérdese cuando, antes de comer en la casa de los Duques, las traviesas doncellas dieron á Don Quijote lava-caras en vez de lava-manos, y la encargada del jabón «le manoseó las barbas con mucha priesa, levantando copos de nieve (que no eran menos blancas las jabonaduras) no sólo por las barbas, mas por todo el rostro y por los ojos del obediente caballero, tanto que se los hicieron cerrar por fuerza». Y todavía, por extremar la burla, fingió la doncella que se le había acabado el agua, y dejó á Don Quijote haciendo bien extraña figura, con el cuello tendido, los ojos cerrados y las barbas llenas de jabón (33).

¿Cómo, pues, pudo alguien pensar que no fuera barbado el Ingenioso Hidalgo? En parte alguna de su historia se dice que careciera de barbas, y sólo el no haberlas citado el autor al trazar en dos ocasiones el retrato de su héroe (30 y 31) ha podido ser causa de esta especie de rasuramiento á que lo han condenado en sus obras los que han pretendido representarlo sin haberlo estudiado antes por completo.

Mas no acaban aquí los comentarios á las olvidadas barbas quijotiles, pues admitido ya por todos que las tuvo, queda á la inventiva ó á la erudición de cada uno imaginar cómo serían; problema de solución ineludible para el artista que pretenda reproducir la cabeza del famoso loco. En la iconografía de Don Quijote hay variedades para todos los gustos, desde la barba difusa, ancha y poblada, á imagen de pontífice hebreo ó de mujik moscovita, hasta la exigua y prolongada perilla calderoniana; mas el artista reflexivo que se encuentre perplejo al elegir, deberá decidirse por la forma larga y piramidal en el mentón, corta en los lados y rasa en las mejillas, por las siguientes razones de peso..... relativo: 1.^a Por ser ésta la forma á que más se aproxima naturalmente en nuestra raza la barba inculta, cual debió tenerla nuestro caballero durante sus correrías. 2.^a Por ser la forma puntiaguda la que estuvo en moda entre los españoles contemporáneos de Cervantes. Y 3.^a Porque la barba estrecha y prolongada

es la que mejor armoniza con el rostro largo de hasta media legua que hiperbólicamente asignó el autor á Don Quijote.

En cuanto á las quijadas, eran «estrechas, y por de dentro se besaban la una con la otra» (45); carácter singular y no tan claro que deba pasar sin alguna interpretación explicativa.

Aunque Cervantes distinguía las quijadas en alta y baja, correspondientes á las que llaman mandíbulas superior é inferior los anatómicos, parece que la frase copiada alude principalmente á la inferior, que es la más conocida entre el vulgo por quijada, y que suele nombrarse en plural porque en muchos animales consta de dos huesos, aunque en el hombre adulto es de una sola pieza. La estrechez de las quijadas significa, sin duda, poca separación entre las ramas de la mandíbula inferior y cierto grado de cerramiento en la curva descrita por los arcos dentarios; pero ¿qué quiso el Príncipe de nuestros Ingenios expresar con la frase de que las quijadas por de dentro se besaban la una con la otra? Besar es acto de aproximación, hasta el contacto, de partes, que en este caso no pueden ser otras que las laterales de la mandíbula, únicas que están separadas entre sí; lo de *por de dentro* indica que esas partes que se besan figuradamente, lo hacen en el plano medio de la cabeza, y como no es admisible que las dos medias quijadas de un hombre se toquen real y totalmente

en dicho plano medio, habremos de concluir que la imagen representada en aquella frase es la de una mandíbula humana tan aplastada por los lados que sus ángulos tendieran á encontrarse. Á mi juicio, Cervantes empleó aquí una figura retórica equivalente á la tan usada de que la nariz y la barba se besan en las viejas sin dientes, y quiso exagerar con una hipérbole la estrechez del rostro de Don Quijote, lo mismo que cuando le atribuyó media legua de andadura al exagerar la longitud.

El rasgo más singular y característico de Don Quijote, el que distinguiría su busto del de cualquier otro personaje, es, sin duda, esa especial conformación y estrechez de la mandíbula inferior, que llega á ser anómala por lo extremada, y como no es verosímil que, por puro capricho y sin algún fundamento objetivo y real, atribuyera Cervantes á su protagonista rasgo tan extraño que toca los límites de la inventiva, y como, por otra parte, el nombre adoptado para la vida aventurera del caballero andante deriva del nombre de Quixada ó de Quijano, atribuido al bueno de D. Alonso, cabe el que, asociando ambas ideas, se llegue á formular estas preguntas que dirijo á los amantes de los problemas insolubles:

¿Habría en la Mancha, hacia fines del siglo XVI, algún hidalgo de mandíbula tan estrecha que fuera en él rasgo singular y característico y al que hubiera tomado Cervantes por modelo de su imaginario

ridiculizador de libros caballerescos? ¿Sería por aludir á tal carácter por lo que ideó llamarle Quixada ó Quijano, y Quijote por derivación burlesca? ¿Sería, por el contrario, la existencia de alguna persona efectiva de tal nombre la que inspiró al novelista la ocurrencia de pintar con una quijada peculiar al personaje principal de su novela? Ó, picando más alto en este divagar interrogado, ¿tendría el ilustre soldado, cautivo y escritor, alguna idea de la coincidencia frecuente entre anomalías morfológicas y alteraciones mentales, y quiso señalar algún estigma en la figura de su admirable loco? ¡Quién podrá contestar estas preguntas! (61).

Algo sabemos de la dentadura que armaba tan estrechas quijadas, pues á los cincuenta años la conservaba Don Quijote con todas sus muelas, fuera de las cordales, que no sabía si le habrían nacido, «enteras y muy sanas, sin que le hubieran sacado ni se le hubiera caído ningún diente, ni le tuviera comido de neguijón ni de reuma alguno» (46). Mas sufrió un desastre dental considerable en la batalla con los ejércitos carneriles de Alifanfarón, pues una pedrada le derribó varias muelas, cuyo número, que debió de oscilar entre tres y siete y media, no pudo precisarse ni aun después de la graciosa exploración hecha por Sancho. Y con este motivo pareceme oportuno recomendar á los dentistas, como lema en sus empresas, la grave sentencia del mutilado alancea-

dor en este trance, cuando dijo á Sancho: «que la boca sin muelas es como molino sin piedra, y en mucho más se ha de estimar un diente que un diamante» (46).

Aún quedan por consignar algunas noticias sobre partes menos visibles que la cabeza del honesto manchego. Su piel era morena, no sólo en la cara, donde la amarillez, y en algún caso la vergüenza, le darían matices jaspeados, como al oír el malicioso cuento de Sancho ante los Duques, acerca del sitio preferente en los convites (47), sino también el cuello, que puso bien de manifiesto en el lavatorio burlesco de que fué víctima (33); y si no podemos afirmar lo mismo de partes más ocultas no es porque, haciendo locuras en Sierra Morena, no las pusiera á la vista de Sancho cuando daba el penitente caballero, desnudo en pañales, zapatetas en el aire y tumbos con los pies en alto por honrar á Dulcinea, sino porque Sancho volvió rienda á Rocinante por no ver otra vez las desnudeces de su amo, y se guardó de contar las que había visto (48).

No debió de ser imperceptible el vello que poblara la morena piel de Don Quijote, y por lo menos consta que llenas de él estaban las piernas, nada limpias, que la corta camisa dejó ver cuando la batalla de los cueros de vino (34). Puede sospecharse que la mano fuera algo peluda como la de Durandarte (49), ya que nuestro hidalgo presumía de tener el brazo vigo-

rosos y estimaba los pelos como señal de muchas fuerzas. Según el testimonio de Sancho, único en estado de conocer la intimidades orgánicas de su honesto señor, tenía éste un lunar pardo con ciertos cabellos á manera de cerdas en mitad del espinazo, lo que á juicio del escudero es señal de ser hombre forzado (50). También nos es conocida la mano del incauto caballero, pues al entregarla á Maritornes por el agujero del pajar le decía cándidamente: «No os la doy para que la beséis, sino para que miréis la contextura de sus nervios, la trabazón de sus músculos, la anchura y espaciosidad de sus venas, de donde sacaréis qué tal debe ser la fuerza del brazo que tal mano tiene» (51).

Y sólo falta ya, para terminar este inventario de caracteres somáticos, llamar la atención sobre el hecho de que nuestro héroe padeció de los riñones, por cuyo motivo no podía llevar apretada la cintura y usaba tahalí colgado del hombro derecho para sostener la espada al lado izquierdo, noticia ésta curiosa y poco divulgada, que indico á los urólogos, por si gustan de incluir el nombre de Alonso Quijano en la lista de los nefrópatas ilustres (52).

Complemento de los rasgos corporales que se acaban de analizar es la enumeración de aquellas manifestaciones fisiológicas de orden físico que aparecen especialmente consignadas en la historia del esforzado caballero.

Tuvo fino el oído, y más fino aún el olfato, como lo prueba la demasía de Sancho en la medrosa noche de los batanes y el reconocimiento de los requesones espanzurrados poco antes de la intentada lucha con el león (44); ejercitó músculos más vigorosos de lo que su flacura hiciera presumir y descargó en ocasiones golpes formidables, de que podrían dar testimonio el vizcaíno y aun el bachiller Sansón Carrasco, si bien más á menudo le tocó ser vencido por el número ó por fuerza de brazos, como lo fué por su mismo escudero cuando éste se resistió á ser azotado contra su voluntad; supo dar á su voz entonación grave y sonora en los apóstrofes y discursos, aunque fuera ronquilla de ordinario, según pudo oirse cuando cantó el romance de su invención á Altisidora (54); poseyó sin duda un estómago activo, y de ordinario tolerante, para adaptarse á las irregularidades de tiempo y calidad propias del régimen alimenticio consiguiente á la vida aventurera; se distinguió por la resistencia al sueño y á la fatiga y por la falta de apetitos lascivos, y mostró una cualidad de interés particular para los médicos y en relación quizás con la locura, que fué su relativa invulnerabilidad.

No es que se tuviera Don Quijote por invulnerable, pues, antes al contrario, afirmaba ser de carnes «blandas y no nada impenetrables» (59), «criadas entre sinabofas y holandas» (56); pero las ocho caídas del caballo que se cuentan en su historia; los atropellos por

cérdos y por toros; los apaleamientos de que fué víctima en sus aventuras con mercaderes, yangüeses y disciplinantes; las pedradas de los ganaderos y de los galeotes; las lesiones inferidas por el vizcaíno; el candilazo del cuadrillero; la mojadura en el Ebro; los golpes recibidos del arriero de Arévalo, del ventero de Puerto Lápice, de Cardenio cuando estaba loco y del cabrero Eugenio; el arañamiento en la aventura gautuna; los pellizcos que le alcanzaron por las indiscreciones de D.^a Rodríguez, y tantos otros traumatismos de diversa cuantía con que la realidad pagó al sufrido caballero sus generosos errores idealistas, demuestran, por la poca mella que hicieron en su organismo y por la facilidad con que fueron reparados, que el espíritu dominaba en Don Quijote á la materia y que si ésta no quedaba insensible, resistía por lo menos las agresiones exteriores y reparaba sus efectos con la misma energía que se observa en los irracionales y en bastantes locos.

Si reunimos ahora los fragmentos descriptivos que nos hemos entretenido en comentar, reconstruimos la estatua y la contemplamos en conjunto para apreciar su belleza, preciso será convenir con Sancho cuando decía descaradamente á su señor, comentando el fingido enamoramiento de Altisidora: «¿Qué gala, qué brío, qué donaire, qué rostro, qué cada cosa por sí destas ó todas juntas le enamoraron? Que en verdad, en verdad, que muchas veces me paro á

mirar á vuesa merced desde la planta del pie hasta el último cabello de la cabeza, y que veo más cosas para espantar que para enamorar.» Pero también, reflexionando como Don Quijote sobre la hermosura del alma, habremos de convenir con él cuando contesta: «Yo, Sancho, bien veo que no soy hermoso, pero también conozco que no soy disforme; y bástale á un hombre de bien no ser monstruo para ser bien querido, como tenga las dotes del alma que te he dicho» (57).

Estas frases compendian las dificultades de la empresa, tantas veces acometida, de representar gráfica ó plásticamente á Don Quijote, pues su figura material ha de ser, según los textos y la intención de su creador, mala, triste (58), contrahecha (5), extraña (60), de las no vistas en la Mancha de su tiempo, de las que no pueden pasar inadvertidas por hallarse «fuera de las que comunmente se usan» (13), de las que rayan en lo deforme y apuntan hacia lo ridículo; y, sin embargo, no ha de ser repugnante, ni siquiera antipática, sino que, aun siendo pasiva y muda, ha de hacerse admirar y querer, porque el artista ha de transparentar en ella las sublimidades del alma heroica que animó al personaje.

¿Es esto realizable? El genio de los pintores y escultores lo dirá algún día; pero, entre tanto, la figura existe modelada en la fantasía popular; porque, ¿quién que haya saboreado la lectura del Quijote no

se trazó, allá en su mente, una imagen del extravagante amparador de desvalidos, en la que pudo combinar sin los tropiezos del buril ó de los pinceles las fealdades ó imperfecciones de la carne, emblema de la realidad, con las bellezas sublimes del espíritu, símbolo de lo ideal?

Sí, esa imagen existe, la concibió el genio de Cervantes, la trazó con su pluma insuperable en páginas imperecederas, cada uno de nosotros la siente y la interpreta, la humanidad con su esfuerzo colectivo la completa, perfecciona y agiganta; y si el lienzo y el bronce se resisten á reproducirla, es porque la materia, tosca é impura, no alcanza á expresar tan abstracta belleza.

DR. OLÓRIZ

Madrid.—Mayo 1905

NOTAS Y CITAS correspondientes á los números entre paréntesis intercalados en el escrito que precede. Las citas se refieren á la edición de «Don Quijote», comprendida entre las obras de Miguel Cervantes Saavedra, que forman el tomo I de la «Biblioteca de Autores Españoles», de Rivadeneyra.

- (1) Part. I^a, cap. 49, pág. 507, cl.^a 1.^a
- (2) Part. I, cap. 12, pág. 277, cl.^a 1.^a y part. II, cap. 48, pág. 505 c.^a 1.^a
- (3) Part. I, cap. 12, pág. 276, cl.^a 2.^a
- (4) Part. II, cap. 50, pág. 510, cl.^a 1.^a
- (5) Part. I, cap. 2.^o, pág. 259, cl.^a 2.^a
- (6) Part. I, cap. 16, pág. 285, cl.^a 2.^a
- (7) Part. I, cap. 22, pág. 303, cl.^a 2.^a
- (8) Part. I, cap. 27, pág. 319, cl.^a 2.^a y cap. 30, pág. 333, cl.^a 1.^a
- (9) Part. I, cap. 23, pág. 307, cl.^a 2.^a
- (10) Part. II, cap. 49, pág. 508, cl.^a 1.^a
- (11) Part. I, cap. 13, pág. 420, cl.^a 1.^a
- (12) Part. II, cap. 50, pág. 509, cl.^a 1.^a
- (13) Part. II, cap. 16, pág. 435, cl.^a 1.^a
- (14) Part. II, cap. 23, pág. 453, cl.^a 1.^a
- (15) Part. I, cap. 37, pág. 859, cl.^a 1.^a
- (16) Part. I, cap. 28, pág. 325, cl.^a 1.^a
- (17) Part. II, cap. 3.^o, pág. 410, cl.^a 1.^a
- (18) Part. I, cap. 16, pág. 286, cl.^a 2.^a
- (19) Part. I, cap. 13, pág. 279, cl.^a 2.^a
- (20) Part. I, Epitafio del Tiquitoc, Académico de Argamasilla, pág. 401, cl.^a 2.^a
- (21) Part. I, Soneto del Paniaguado, Académico de Argamasilla, pág. 401, cl.^a 1.^a
- (22) Part. I, cap. 31, pág. 336, cl.^a 1.^a
- (23) Part. I, cap. 25, pág. 315, cl.^a 2.^a
- (24) Part. I, cap. 9.^o, pág. 272, cl.^a 1.^a
- (25) Part. II, cap. 10, pág. 424, cl.^a 1.^a
- (26) Part. I, Soneto del Burlador, Académico argamasillesco, página 401, cl.^a 1.^a
- (27) Part. II, cap. 41, pág. 489, cl.^a 1.^a
- (28) Part. I, cap. 21, pág. 302, cl.^a 2.^a
- (29) Part. II, cap. 32, pág. 474, cl.^a 2.^a Son muy numerosos los pasajes relativos á las barbas de Sancho, y además de los citados en el texto, merecen recuerdo los en que Don Quijote se las moja con el balsamo de Fierabrás, que devuelve; los criados del Duque quieren lavárselas con agua sucia, y los ejecutores de la farsa del Clavileño se las chamuscan con estopas encendidas.

- (30) Part. I, cap. 1.º, pág. 257, cl.ª 1.ª
- (31) Part. II, cap. 14, pág. 431, cl.ª 1.ª
- (32) Part. II, cap. 16, pág. 435, cl.ª 1.ª
- (33) Part. II, cap. 32, pág. 472, cl.ª 2.ª
- (34) Part. I, cap. 35, pág. 352, cl.ª 2.ª
- (35) Part. II, cap. 1.º, pág. 405, cl.ª 1.ª
- (36) Part. II, cap. 7.º, pág. 417, cl.ª 1.ª
- (37) Part. I, cap. 21, pág. 300, cl.ª 1.ª
- (38) Part. I, cap. 37, pág. 358, cl.ª 2.ª
- (39) Part. I, cap. 52, pág. 400, cl.ª 1.ª
- (40) Part. I, cap. 29, pág. 330, cl.ª 1.ª
- (41) Dr. Royo Villanova. La locura de Don Quijote, pág. 8.
- (42) Soneto del Caballero del Febo, pág. 255, cl.ª 1.ª
- (43) Part. I, cap. 16, pág. 287, cl.ª 2.ª; cap. 31, pág. 336, cl.ª 1.ª
- part. II, cap. 40, pág. 487, cl.ª 1.ª
- (44) Part. II, cap. 17, pág. 437, cl.ª 2.ª
- (45) Part. I, cap. 16, pág. 287, cl.ª 1.ª y part. II, cap. 31, pág. 469, cl.ª 2.ª
- (46) Part. I, cap. 18, pág. 293, cl.ª 1.ª
- (47) Part. II, cap. 31, pág. 470, cl.ª 2.ª
- (48) Part. I, cap. 25, pág. 317, cl.ª 1.ª
- (49) Part. II, cap. 23, pág. 452, cl.ª 1.ª
- (50) Part. I, cap. 30, pág. 333, cl.ª 2.ª
- (51) Part. I, cap. 43, pág. 378, cl.ª 2.ª
- (52) Part. II, cap. 18, pág. 440, cl.ª 2.ª
- (53) Part. I, cap. 20, pág. 298, cl.ª 1.ª
- (54) Part. II, cap. 46, pág. 499, cl.ª 2.ª
- (55) Part. II, cap. 32, pág. 474, cl.ª 1.ª
- (56) Part. I, cap. 15, pág. 284, cl.ª 2.ª
- (57) Part. II, cap. 58, pág. 526, cl.ª 1.ª
- (58) Part. I, cap. 49, pág. 295, cl.ª 1.ª
- (59) Part. II, cap. 32, pág. 474, cl.ª 1.ª
- (60) Part. I, cap. 52, pág. 399, cl.ª 1.ª

(61) Aun dando por probada la existencia de Quijanos en la Mancha y de manchegos con mandíbulas estrechas, siempre será dudoso que sirvieran de modelo á Cervantes ó que ahudiera á ellos, pues las *intenciones* del autor quedaron sin declarar, y, por lo tanto, fuera de toda demostración positiva. Por eso califico de insolubles las cuestiones que planteo.